LA GUARDIANA DE LA TIERRA

SEUDONIMO: MONEDA

Aprendí a andar sujetándome en los palos de las judías y mi juguete estrella era una regadera pequeña con la que echaba agua a las semillas que plantaba mi madre en la tierra. Las primeras lecciones no pasaron por aprender el abecedario en la escuela, ni por juntar las letras para aprender las palabras. Madre me enseñaba los cuidados ancestrales transmitidos de generación en generación. Cuándo era bueno labrar, qué abono orgánico era el mejor para obtener rendimiento a la cosecha, cómo dejar en barbecho una parte de la tierra para que descansara o cómo rotar las hortalizas según las estaciones.

Cuando supe todo eso, dijo que la escuela era buena. Que allí aprendería las matemáticas tan necesarias para que ningún banquero me estafara, poder hacer los trueques y ventas sin errores y me abriría la mente para temer a los usureros, porque si caíamos en esa desgracia, vendrían varias veces por semana a cobrarse los intereses con nuestro cuerpo.

Tenía que madrugar mucho pero no me importaba. El colegio estaba a un par de horas caminando pero podía recorrerlo en la mitad de tiempo porque no tenía que llevar el peso de los bidones de agua en la cabeza.

Cuando regresaba, emocionada, le contaba a madre todo lo que ponía en los libros. Pero había mucho trabajo porque llevaba meses sin llover. Los depósitos que contenían el agua de lluvia se estaban agotando. Los mosquitos proliferaban como una maldita plaga que parecía querer acabar con todo.

Primero llegó el paludismo. Madre enfermó. Tenía tanta fiebre que no podía levantarse del suelo y los paños húmedos no la aliviaban más que unos minutos.

Como no teníamos dinero, me prohibió llamar a ningún médico, ni al chamán. Acudieron las vecinas que le fueron dando infusiones de hierbas a cucharadas pequeñas.

Mientras, yo cuidé las hortalizas como pude, con pequeñas raciones de agua para que no se secaran de golpe.

La lluvia llegó unos días después, cuando madre había conseguido ponerse en pie y dar varios pasos sin caerse.

No fue un chaparrón de unas horas sino el diluvio universal. Los dioses debían estar demasiado enfadados con nosotras porque abrieron las compuertas del cielo y el agua nos llegó hasta la cintura. Las lechugas flotaban por la superficie. Los tomates llevaban los agujeros por la fuerza del agua al caer. Las remolachas y zanahorias tenían los tallos embarrados.

Madre no paraba de decir que eso era la ruina. Que aumentaría el precio de las semillas para empezar de nuevo. Lo poco que se hubiera salvado con el temporal, estaría tan caro que sería imposible poner comida en la mesa. Y si regresaba el calor, la remataría la malaria porque una vez se había salvado pero dos sería demasiada suerte.

Fue entonces cuando supe que la tierra no era nuestra y que además, teníamos que hacer el pago anual con parte de nuestra producción. Sin ganancias, ni ventas, ni siquiera podíamos vivir, y mucho menos, hacer la aportación dentro de los plazos.

Le hablé a madre de los micro créditos como nuestra única oportunidad. Necesitábamos dinero para empezar de nuevo y me asustaba su respuesta, que siendo mujeres no nos lo fueran a conceder.

Pero nuestro proyecto era bueno. Queríamos volver a regar por micro goteo, abonar la tierra con abono orgánico para producir hortalizas ecológicas respetando el medio ambiente, lo cual mejoraba la salud de la comunidad y disminuía las plagas de los cultivos al hacerlos resistentes.

Gracias a que madre me había enviado a la escuela pude hacer bien todo el papeleo

para tramitar el crédito y empezar de nuevo.

Aprendí de mi madre que cuando uno caía, volvía a levantarse y que a pesar de los nubarrones y la lluvia, después de la tormenta volvía a salir el sol.

Con esfuerzo recuperamos la tierra, la abonamos y nos devolvió una buena cosecha de hortalizas que vendíamos llevándolas en nuestras bicicletas hasta el mercado de la ciudad. Tuvimos que trabajar mucho hasta devolver la última moneda.

Pero madre empezó a pensar en volver a pedir otra pequeña suma de dinero para innovar. Decía que teníamos que cubrir las plantas para protegerlas del calor y de la fuerza de la lluvia porque este tiempo estaba muy loco y hasta que le entrara la cordura, no quedaba más remedio que anticiparse.